

LA SEMILLA DE NÚMENOR

Prólogo

En tiempos remotos, el mundo sufrió grandes cambios. Hasta nuestros días han sobrevivido historias que ya pocos conocen. Grandes cataclismos alteraron las corrientes de los mares, los pilares de las montañas se derrumbaron con violencia y las estrellas del cielo desaparecieron durante noches. Se dice que hubo una gran isla al oeste de las costas de la Tierra Media, ubicada en el gran mar de Belegaer. Una isla que tomó el nombre de Númenor, más tarde recordada como Mar-un-Falmar, Akallabêth o Atalantë. Fue cedida junto al don de la larga vida como un generoso regalo por los Valar a los Edain en los inicios de la Segunda Edad. Guiados por la estrella de Eärendil, los hombres conocidos como Edain llegaron a Númenor. Los Edain, también llamados numenoreanos o Dúnedain, establecieron allí su hogar y fueron grandes constructores y nacieron gloriosos reyes que llegaron a vivir y reinar durante siglos. Gozaban de buenas relaciones con los elfos de la isla cercana de Tol Eressëa, quienes entregaron como regalo un vástago del árbol sagrado. Nimloth se llamó. Fue plantado en Armenelos, la más grande ciudad de Númenor.

El corazón de los hombres gozó de paz, hasta que la inquietud se apoderó de sus pensamientos mortales. Algunos de ellos se cuestionaron su propia mortalidad y envidiaron a los elfos del reino de Valinor en el continente de Aman, las llamadas Tierras Imperecederas al oeste de Númenor más allá de la isla de Tol Eressëa. Esta facción de los numenoreanos, que posteriormente se llamaron Hombres del Rey, desafiaba la impuesta prohibición de viajar hacia Valinor. Así pues, conforme el tiempo transcurrió, las dudas de los numenoreanos crecieron como una enfermedad y los que aún deseaban la amistad de los elfos tomaron el nombre de los Fieles. Los Hombres del Rey y los Fieles disputaban constantemente por la prohibición de viajar hacia Valinor provocando conflictos cada vez más numerosos. La morada de los Fieles acabó trasladándose al este de la isla, cerca de Rómenna. Pero no contaban con poder suficiente y los reyes de Númenor decidieron finalmente rechazar toda bienvenida a los elfos de Valinor. Entonces Sauron aprovechó esta división para poder planear la destrucción de las gentes de la isla.

Años más tarde fue coronado Ar-Pharazôn, el más poderoso rey de Númenor. Este orgulloso rey desafió a Sauron construyendo una gran flota y un gran ejército que él mismo guió a la Tierra Media. Convocó a Sauron ante él y éste eligió actuar con astucia, ya que su fuerza no tenía rival contra el rey. Usó sus artimañas y sus envenenadas palabras para convencer a Ar-Pharazôn con mentiras. Fue llevado como rehén a Númenor y el rey comenzó a adorar a Melkor, el Señor Oscuro y señor de Sauron. Las acciones del rey ya no eran más que designios de Sauron. Entre los Fieles destacó un Edain llamado Amandil, padre de Elendil y consejero del rey. Nunca creyó las artimañas del siervo de Melkor y se retiró a Rómenna con los demás Fieles una vez le destituyeron del consejo.

La historia que aquí se transmite tiene como protagonistas a Amandil y a su sangre: su hijo Elendil y sus nietos Isildur y Anárion. Mientras tanto Nimloth, el árbol que resplandece en Armenelos, se oscurece por la sombra del odio de Sauron, presagiando un peligro que sacudirá los cimientos del mundo.

1

Niebla

Amandil regresó apenado a su hogar en Rómenna portando funestas noticias. Las palabras de Sauron nublaban la mente del rey Ar-Pharazôn y una gran sombra crecía en su interior. Hacía tiempo que Amandil ya no formaba parte del consejo del rey. Su destitución marcó la hora en la que Los Hombres del Rey tenían prácticamente control absoluto sobre Númenor. El rechazo a los elfos de Valinor, en las tierras de Aman, y las disputas sobre la prohibición a los Edain de viajar hacia el oeste no hizo más que dividir a los hombres.

Las calles blancas de Rómenna brillaban bajo la pálida luz del atardecer y los pasos de Amandil rompían el silencio de la ciudad creando un sonoro eco que atravesaba los edificios. Las colosales construcciones se erguían al este de las costas de Númenor conectadas entre sí por una infinidad de puentes, pasarelas y diferentes pasajes a plena luz del día. Los edificios que antaño se consagraron a la cultura, sabiduría y ciencia, ahora eran abandonados o se destinaban a propósitos militares. Así, como grandes fortalezas que desafiaban al Gran Mar y a los cielos, Rómenna permanecía impasible ante la locura que se desataba en toda la isla. Los Fieles a los elfos de Valinor tenían su morada aquí, celosamente custodiada por Los Hombres del Rey. El miedo a las represalias era partícipe en cada esquina de cada enorme construcción. Los Edain que vivían allí buscaban la paz y la amistad de los elfos, aceptaban su destino mortal y no perseguían la inmortalidad de Valinor.

Amandil dobló una esquina y dirigió sus pasos por encima del puente que conectaba el antiguo observatorio con la costa, llegando a un grupo de casas cuando caía ya la noche y las estrellas empezaban a verse en el firmamento. Entró en el gran vestíbulo de su hogar y allí se encontró con su nieto Isildur, quien levantó la vista de su espada.

–Abuelo.

–Isildur, ¿qué ocurre?

–Nada, abuelo.

–¿Por qué empuñas tu espada?

–Los tiempos cambian. Es posible que llegue el momento de que los Fieles nos tengamos que defender de nuestros enemigos.

Amandil agachó la cabeza en señal de pena y dejó su armadura en el estante. Después, miró a su nieto seriamente y le dijo:

–Ven conmigo y deja tu arma.

Isildur lo hizo y le siguió. Llegaron a una sala contigua donde se guardaban los vestigios de antiguas épocas doradas, reliquias del pasado que Amandil conservaba.

–¿Sabes la historia de Númenor, mi querido nieto?

–Sí.

–Ya soy viejo, pero no tanto como crees. Y he aquí que tengo a la sangre de mi sangre hecho un hombre como jamás había soñado.

–No eres viejo, abuelo.

–Según cómo se mire. Nosotros, los Edain, gozamos del don que nos fue dado. Los hombres de antaño vivían mucho menos que nosotros. Fue un regalo, junto con esta bella isla.

Isildur se paseó por la sala observando los tapices que colgaban de las paredes y llegó al que representaba la llegada de los hombres a Númenor.

–Los Edain llegamos aquí guiados por la estrella de Eärendil –dijo Isildur.

–¿Sabes dónde se encuentra Eärendil? –preguntó Amandil.

–En Valinor.

–Sí, eso es. ¿Qué más sabes de él?

–Era un hombre que ayudó a entablar amistad con los elfos de Valinor. Se le fue otorgada la inmortalidad y vive allí desde entonces. No se le permite viajar hacia tierras mortales.

–¿No lo apruebas?

–No entiendo la voluntad de los elfos, ni la de sus dioses, pero no soy quién para cuestionarla. Eärendil fue un héroe que consiguió crear un gran lazo de amistad entre mortales e inmortales. Eso es todo lo que importa, vivimos en paz y lo he respetado desde entonces.

Amandil sonrió levemente, pero su sonrisa se marchitó ante el recuerdo de las noticias que portaba y de lo errado de la última frase de su nieto. El abuelo siguió hablando:

–Mira ese tapiz de ahí. Ya sabes lo que representa: la construcción de la ciudad de Armenelos, donde se encuentra Nimloth, el árbol que perdura.

–Sí, los inicios de nuestra civilización.

Amandil se acercó a Isildur y apoyó una mano sobre su hombro.

–Isildur, no son nuestros enemigos. Los Hombres del Rey no son nuestros enemigos.

–Solo me preparo para defenderme.

–No, no lo entiendes. Aunque se nos haya dado el nombre de Fieles, somos lo mismo que ellos. Desgraciadamente, el reinado ha caído bajo la corrupción de Sauron y nuestro rey no atiende a razones. Vagan desencaminados y engañados, ajenos a la razón. Pero no son nuestros adversarios. Quiero que lo entiendas.

En ese momento entró en la sala Elendil, hijo de Amandil y padre de Isildur. Por detrás le seguía Anárion, hermano de Isildur.

–¡Isildur! –exclamó Elendil–. ¡Padre! ¿Qué ocurre?

–Sentaos todos y escuchad. Traigo malas noticias.

Amandil continuó hablando una vez encontró la fuerza necesaria.

–Sauron está decidido a profanar y destruir Nimloth y hará lo haga falta para convencer al rey de que arranque sus raíces y lo queme. El daño moral será terrible y creo que podría ser el comienzo de una época oscura como nunca hemos vivido en Númenor.

Amandil les recordó la historia del árbol y hasta el fuego de las antorchas de la sala pareció destellar más brillante al pronunciar las palabras de la lengua élfica, ahora prohibida.

–¡Tenemos que hacer algo! ¡No podemos permitir que lo destruya! –dijo Isildur.

–No es tan sencillo. No podemos entrar en Armenelos. Los guardias del rey nos impedirían el paso. Esperaremos a mañana y nos reuniremos con los demás Fieles para encontrar una solución. Id a descansar, familia. No dejéis que la oscuridad enturbie vuestros sueños esta noche.

Amandil dio un beso en la frente a su hijo Elendil y a sus dos nietos y se retiró agotado a sus aposentos.

Pero Isildur no durmió y abandonó la morada cuando la luna iluminó las aguas del puerto de Rómenna en una calma que precedía a la tempestad. Dirigió sus pasos hacia el puerto, robó unas viejas prendas de un guardia y escondió su espada dentro de los ropajes. Así, disfrazado y sin que nadie se percatase de su escapada, abandonó la ciudad de Rómenna y viajó una semana hacia el oeste.

No era el primer viaje de Isildur a Armenelos. Aun así, cada vez que observaba sus murallas de brillante piedra y sus monumentos ascender hacia el cielo, quedaba sin habla. Parecía una ciudad de dioses, levantada y esculpida desde la misma piedra caliza de la colina; orgullosa y poderosa. Todo un vestigio de los reyes de Númenor. Atravesó las puertas de la ciudad como un guardia más sin levantar sospechas y siguió caminando próximo a las paredes de las casas que se levantaban cercanas al camino real. Isildur nunca bajó su capucha aquella noche y quedó oculto en la negrura. Volvió a cambiar sus ropajes y se vistió de negro. Por fin llegó a la plaza donde crecía majestuoso el árbol Nimloth y se ocultó detrás de un pilar manteniéndose al acecho. Los guardias que ahora servían tanto a Sauron como a Ar-Pharazôn lo vigilaban estrechamente. Isildur mantuvo la distancia perplejo ante la belleza del árbol blanco, que ahora se marchitaba. Sus ramas estaban débiles y sus frutos eran escasos. Sin previo aviso, unas fugaces luces blancas enturbiaron su mente y sus inconexas voces aparecieron en su cabeza.

–Isildur.

–Rey.

–Amatulya.

–Tullen tye-rehtien.

El árbol que previamente parecía impasible, ahora parecía moverse como un gigante hacia él y su visión se convirtió en pura niebla blanca. El mundo físico desapareció delante de él y unos desconocidos humanoides se manifestaron. Sus rostros estaban cubiertos de luz blanca y las túnicas que vestían eran tan destellantes como la luz del sol. Durante varios instantes, se mantuvieron inmóviles pero curiosos. Rodearon a Isildur con lentitud y éste preguntó:

–¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? ¡Soy Isildur, hijo de Elendil! ¡Vengo en son de paz!

Sin mediar palabra, las figuras se distanciaron hacia el horizonte blanco y desaparecieron. Mientras la luz se desvanecía dando paso de nuevo a la oscuridad de la noche, Isildur escuchó un último susurro:

–Gondor.

El intenso dolor sacudió todo su cuerpo y las rodillas le flaquearon. Se sacudió violentamente y gritó. Unas caóticas imágenes llenaron su cabeza. Imágenes de reinos ardiendo, altas torres derrumbadas, aldeanos siendo masacrados, fuego por doquier, el olor a humo de incendio.

–¡Basta!

Una nueva figura sin forma apareció en su mente. No podía explicar qué o quién era, pero el dolor fue aún más intenso y solo mirarla hacía que su mero ser se estremeciera. Desenvainó su espada y gritó de nuevo:

–¡Basta! ¡Atrás!

Cuando las visiones cesaron, Isildur cerró los ojos y cayó en un vacío inconsciente. Cuando volvió a abrirlos, se encontraba inexplicablemente en Rómenna. Su abuelo Amandil se encontraba frente a él hablándole pero Isildur balbuceaba sin

sentido. Antes de volver a cerrar los ojos, apretó su puño y pudo notar la suave textura de un fruto de Nimloth que no recordaba haber cogido del árbol, ni siquiera haberse acercado a él. Todo lo que recordaba eran extrañas visiones de luz y oscuridad y varios guardias persiguiéndole hasta las mismas murallas de Armenelos, de las que a duras penas logró salir con vida. Sus heridas de espada y flecha eran profundas y no muchos creyeron que llegaría a salvarse algún día.

Amandil lloró a su nieto durante todo el invierno y plantó el fruto de Nimloth en secreto. Cuando éste floreció, ya era primavera. Isildur despertó y recobró totalmente sus fuerzas cuando la primera hoja creció bajo la luz del sol. Salió de sus aposentos y encontró a Amandil en el jardín.

–¡Isildur! ¡Cuánto me alegro de que por fin hayas sanado!

–Abuelo, ¿qué ocurre? Parece que un mal te aflige.

–No deberías haber ido solo, Isildur. Podrías haber muerto. Pero tu hazaña se recordará por los siglos venideros. Quizás se escriba una canción de tu heroicidad.

Isildur apoyó la mano en su frente, que aún ardía.

–¿Hazaña? ¿Canción? ¿De qué estás hablando?

–El retoño de Nimloth. El fruto floreció.

–Es extraño, ni siquiera recuerdo haber tomado el fruto del árbol. Por lo que a mí respecta, no me acerqué a él. Las visiones que tuve...

–Lo importante es que sigues vivo, y que Nimloth el Bello pervivirá gracias a ti. El resto es voluntad de los Valar.

–¿A qué te refieres?

Amandil fijó su vista en el puerto de la ciudad, que se podía observar desde el jardín bajo los rayos de la luz del amanecer. Varios navíos recorrían sus aguas con timidez.

–El rey accedió a lo que nos temíamos. Sauron lo ha conseguido. Nimloth el Bello fue destruido.

–¡Maldigo a Sauron y a todos los que le sirven!

–Es peor de lo que piensas. Sauron levantó un poderoso templo, cuyo fuego encendió con los restos de Nimloth. Númenor ha caído en desgracia, Isildur. El reino está realizando sacrificios de Fieles. Adoran al Señor Oscuro de Sauron, Melkor. Ar-Pharazôn ha dejado de ser rey para convertirse en tirano. Nos esperan tiempos oscuros y tendremos que hacer grandes sacrificios para no dejar que la oscuridad acabe con nosotros ni que la niebla cubra nuestra esperanza. Porque todos nosotros somos hijos de Númenor y sobreviviremos, no importa el precio.

2

Consejo

Las noches se alargaban en Armenelos. La escasa luz del amanecer ya no era tan vívida como antaño. El sol apenas irradiaba claridad unas pocas horas cada día a los edificios de la ciudad. Los hombres de la capital se consumían por el odio y la envidia. No echaban de menos la luz, se regodeaban en su oscuridad abrazando el desprecio a los elfos de Valinor. A pesar de gozar del don de la larga vida, su mortalidad no era suficiente regalo. Buscaban la inmortalidad y Sauron era el salvador que podía proporcionarla.

Ar-Pharazôn se encontraba sentado en uno de los balcones del palacio real de Armenelos. Desde aquellas estancias, se podía ver casi toda la ciudad y las tierras que había más allá de las murallas. Pero la sangre del rey hacía tiempo que se había convertido en veneno. Sus ojos no veían con claridad y sus oídos ignoraban la verdad. Su piel, otrora un resplandor orgulloso de la belleza de los Edain, se había vuelto gris y enferma. Su pelo muerto y canoso le caía por los hombros y su cuerpo se mantenía a duras penas encorvado en los asientos. Unos pasos resonaron desde el interior de palacio y el rey giró levemente su cabeza. Los ojos grises y sin vida observaron a Sauron acercándose. Éste se arrodilló ante él.

–Salve, rey de Númenor.

Ar-Pharazôn contestó con una voz ronca y lúgubre.

–Deja las formalidades.

Sauron se levantó y dio su informe, como de costumbre.

–El botín de las dos últimas expediciones de la Tierra Media ha llegado. Han caído todos los asentamientos de los hombres salvajes de la costa del sur.

Ar-Pharazôn, carente de toda la sabiduría que la caracterizó hace tiempo, solo respondía ante la visión de más riquezas y poder.

–¿Qué hay de los Fieles?

Sauron humedeció los labios dejando ver un inconsciente gesto de desprecio.

–Nuestro señor Melkor ha recibido el sacrificio de los rebeldes de Forostar. El fuego del templo arde como nunca con los leños de Nimloth. Tu decisión de quemar el árbol fue sabia, mi rey. Melkor escucha nuestras plegarias y nos pide que sigamos con nuestra empresa. La inmortalidad estará al alcance de nuestra mano. Pero no podemos detenernos ahora.

–Tengo un encargo para ti. Y lo harás cuanto antes. Arrancarás de la faz de la tierra tanta madera como puedas y construirás una flota digna de mi poder y digna de Númenor. Que cada mina de materiales valiosos sea vaciada. Que cada árbol sea cortado y convertido en mi flota. Que las fundiciones trabajen día y noche. Haz lo que tengas que hacer, pero en dos lunas tendrás un nuevo ejército listo. Haz correr la voz por todo el país.

–¿Qué objetivo tenéis en mente?

Una oleada de impaciencia y odio ciego invadió la mente de Ar-Pharazôn.

–Viajaremos al oeste y mandaremos una flota y un ejército a Valinor. La inmortalidad de los Eldar también nos corresponde por derecho. No podemos seguir viviendo en una tierra donde nos marchitamos lentamente, mientras generaciones de elfos siguen viviendo en paz y armonía. No podemos consentirlo.

Sauron sonrió ante la noticia. Una noticia que llevaba mucho tiempo esperando. Las artimañas que hace tiempo inició por fin daban resultados.

–Como queráis, mi rey. Vuestros deseos son los míos.

–Fuera de aquí. No quiero verte hasta que tengas mi flota preparada.

Sauron hizo una última reverencia y abandonó el palacio.

En los días siguientes todo hombre, mujer y niño prescindible fue llevado a las minas, aserraderos y fundiciones para trabajar día y noche sin descanso. Los siervos de Sauron utilizaban cualquier excusa para detener a los hombres pertenecientes al bando de los Fieles, incluso a los suyos. Acusados falsamente de traición, acababan sus vidas entre trabajos forzados. La esclavitud de Sauron era un destino terrible al cual los numenoreanos evitaban a toda costa postrándose ante los designios y la voluntad del siervo de Melkor.

En Rómenna, Amandil paseaba inquieto en el Consejo Ciudadano. Un edificio destinado a la solución de disputas por parte de la ciudadanía. Antiguamente estaba vigilado por hombres cercanos al rey, pero ahora éstos eran destinados a proyectos más urgentes y no quedaban demasiados efectivos disponibles. Rómenna permanecía más aislada al dominio de Sauron que el resto de ciudades, al ser un lugar donde los Fieles establecieron una fuerte defensa ante la sombra que cubría todo el continente. La enorme sala circular ascendía en forma de cúpula con más de 250 asientos desde los cuales discutir cualquier asunto, diferencia o disputa que hubiera. Aquel día, solo unos pocos hombres acudieron. No todos los que fueron llamados tuvieron el valor de acudir al Consejo, que ya mostraba signos de degradación y abandono. Amandil y su hijo Elendil hicieron acto de presencia en la sala y los participantes mantuvieron su silencio. Elendil se sentó con los demás y su padre se detuvo en el centro para hablar.

–Hermanos, bienvenidos. Todos sabéis que esta reunión debe mantenerse en el más absoluto secreto, pues aunque Rómenna sigue siendo un lugar seguro, los ojos y los oídos de Sauron están por todas partes. Tomad asiento.

Los integrantes de la reunión clandestina se sentaron frente a él y aguardaron las nuevas.

–Como sabéis, Nimloth el Bello fue profanado y destruido. De sus cenizas surgió un templo dedicado al señor oscuro de Sauron, Melkor. No quiero ni comentar las atrocidades que se cometen allí en su nombre. Los relatos de horror que los espías me han contado quedarán entre ellos y yo. Quiero ahorraros el sufrimiento de escuchar lo que les ocurrió a nuestros compañeros asesinados. Ahora su destino está en manos de los Valar. Que la paz de los Valar esté con nuestros hermanos.

–Que la paz de los Valar esté con nuestros hermanos –dijeron todos al unísono.

–Dicho esto, creo que todos sabéis la razón por la que habéis sido convocados aquí. Pensamos que la locura de Sauron no iría a más. Y nos equivocamos. Pensamos que Ar-Pharazôn no llegaría hasta ciertos extremos. Y nos volvimos a equivocar. Tenemos que tener en cuenta que nuestro rey dejó de ser un hombre capaz y sensato hace mucho tiempo. La gloria que buscó orgulloso al enfrentarse a Sauron en la Tierra Media se ha vuelto en su contra. Aquí y ahora, todos estamos viendo cómo el poder de las palabras en ciertas ocasiones es más fuerte que el acero y el fuego combinado de cualquier ejército.

»Recordad los días de Tar-Ancalimon. Cuando nuestro pueblo, antaño unido, se dividió en dos. Los Hombres del Rey y los Fieles hemos mantenido esa división desde

entonces. Mas nunca hubiera imaginado que llegaríamos a esta atroz situación. Desde que Sauron fue llevado a Númenor, los días no han hecho más que oscurecerse. Hace tiempo que no siento el sol del mediodía en mi cara tan fuerte y vivo como lo era antes. Las noches son más frías. Las sombras son más largas. La belleza de los Dúnedain está en un continuo ocaso. Me gustaría no tener que transmitir estas nuevas, pero es imprescindible. He tomado una decisión para con mi pueblo y voy a hacer lo que sea para garantizar un futuro. Elendil, acércate.

El hijo de Amandil se levantó de su asiento y se acercó con preocupación.

–Quiero que Elendil sea testigo de lo que os voy a decir. Sé que nos está prohibido viajar hacia el oeste. Valinor no acepta mortales. Solo la sangre inmortal podrá navegar más allá de Tol Eressëa y acabar en puerto de los elfos sin ser rechazado. Hijo...

Elendil miró a su padre con veneración y este acercó su rostro al suyo. Amandil cogió su cabeza entre sus manos y finalmente le habló:

–Parto hacia Valinor.

Un silencio sepulcral abatió la estancia. Elendil, respetando sin miramientos la decisión de su padre, dijo:

–¿Cuáles son tus motivos, padre?

–Las situaciones extremas requieren soluciones extremas. No quiero la gloria ni la fama. No quiero ser recordado por uno de los hombres de Númenor que se atrevió a profanar suelo de los Eldar. Hablaré con Manwë en aquellas tierras y solicitaré su consejo y protección. Él gobierna a todos los elfos con sabiduría. Sabrá que hacer.

Un participante del consejo habló:

–Amandil, no dudo de tu decisión, ni de los motivos que te impulsan a ello. Pero no creo que Manwë vea con buenos ojos ofrecernos su ayuda si rompes la prohibición de viajar hacia su reino.

Amandil sonrió.

–Ya he vivido mucho y no me queda más por hacer en Númenor. Si nuestro rey caído está reuniendo un ejército para atacar Valinor, seré el menor de los males en la casa de los elfos. Quiero que reunáis una pequeña flota y os preparéis para abandonar para siempre nuestro hogar. Sé que es duro de pedir, pero más duro sería ver nuestra tierra arrasada.

–¿Crees que los elfos contraatacarían? –dijo Elendil.

–Los elfos responden a una voluntad mayor. Desconozco sus designios. Haced lo que os digo. Preparad los barcos. Yo partiré al alba.

Aquella noche, los preparativos comenzaron por todo Rómenna. Pocos Fieles quedaban ya en la ciudad. Los que obedecieron al consejo de Amandil ocultaron sus actividades mientras cargaban víveres y armas silenciosamente en los barcos. Amandil se despidió de Elendil y Anárion. Habló por último con su nieto Isildur en el muelle. El navío se mecía en el agua con un ligero sonido de chapoteo.

–Isildur. Antes de marcharte con tu hermano y tu padre quiero pedirte algo. En el jardín trasero de nuestro hogar se encuentra el retoño de Nimloth. Aún es pequeño, pero está floreciendo asombrosamente, a pesar de las nubes que cubren constantemente la isla. Está escondido detrás de los leños de la plantación que da hacia el camino del oeste. Coge el pequeño árbol y llévalo contigo hacia el este. Convince a los hombres de viajar siempre hacia las costas de la Tierra Media. No los guíes hacia

Valinor. Aunque mi destino esté allí, no sabemos cómo acabará todo esto. Es posible que nunca regrese. Así que haz lo que te pido. Lleva el último recuerdo de nuestra amistad con los Eldar. Nunca se sabe, es posible que algún día florezca en una nueva tierra libre de maldad.

–Así lo haré, abuelo.

–Cuidate, Isildur. No olvides nunca la grandeza de Númenor.

Amandil dio un abrazo a su nieto y se despidió de él. Su capa ondeó al viento hasta que el navío desapareció en la niebla.

3

Declive

Amandil despertó en el camarote del navío después de una fuerte sacudida. El oleaje parecía cada vez más salvaje conforme dejaban atrás la isla. Vistió su largo jubón y salió a proa. El tripulante llamado Aronde lo saludó.

–Amandil, no deberías estar despierto.

–Soy viejo, pero aún puedo valerme por mí mismo.

–No insinuaba lo contrario, señor.

Amandil rió.

–Tranquilo, Aronde. Céntrate en el navío y dame buenas nuevas. Espero que dentro de poco podamos avistar algo entre toda esta niebla.

–Según el mapa y nuestros cálculos, estamos más lejos de lo que ningún hombre de Númenor haya estado jamás, al menos, que se conozca. Mi inquietud va en aumento, por no decir que preferiría entrar en combate con los siervos de Sauron a estar aquí.

–Calma, muchacho. No adelantemos acontecimientos. Si los elfos son tan sabios como dicen, entenderán nuestra situación y nuestro coraje. Aunque no te voy a mentir. Yo también temo la ira de los elfos. No sé qué maldiciones ni qué placeres existen en Valinor, pero no tomarán a la ligera el peligro de quebrantar la prohibición. Espero que las corrientes nos lleven directos a las costas y que Ar-Pharazôn posponga el ataque unos días más.

Una tromba de agua salpicó el casco del navío.

–Te haré caso, Amandil. Esperaremos a ver qué ocurre. Y espero también que el navío aguante las constantes embestidas. Los elfos serán bondadosos, pero dudo mucho que nos rescaten en alta mar si naufragamos.

Amandil sonrió y se volvió para regresar al camarote cuando el oteador gritó desde las alturas.

–¡Ve algo! ¡Ve algo!

Todos los tripulantes del barco se acercaron a proa para observar el acontecimiento. Del horizonte comenzó a surgir una tímida luz que fue progresivamente abriendo camino entre la niebla y las negras nubes. Las formas eran confusas al principio. El barco estuvo a punto de ser destruido, las feroces corrientes cambiaban sin ningún sentido aparente y una amarga sensación agitó la mente de los hombres. Mas no había ninguna duda: se trataba de Aman, el continente del reino de Valinor.

Cuando el barco atravesó la cortina de niebla, se encontraron en un bello puerto, de colores claros y una arquitectura que deslumbraba a los Dúnedain. El navío se introdujo por un estrecho canal bajo la atenta y silenciosa mirada de los elfos apostados a ambos lados.

–Es como si nos estuvieran esperando –dijo Aronde.

–Nos están esperando –corrigió Amandil.

El navío redujo su velocidad y entró en un lago rodeado de edificios y un gran asiento de piedra en una de las orillas. En él, un elfo de gran belleza y serenidad observaba a los humanos llegar hacia sus estancias. Amandil habló dirigiéndose a los suyos.

–Cuidad vuestras palabras ahora. El Eldar que veis en aquel trono no es otro que Manwë, rey de Valinor. Somos de los pocos hombres que han podido verlo en persona con sus propios ojos, pero las descripciones concuerdan. Dejad que yo hable con él, en representación de los Fieles de Númenor.

El navío se detuvo en unas escaleras que conducían a una pasarela. Al otro extremo de ésta, un comité de lo que creían era de bienvenida se aposentó a ambos laterales. Algunos de los Dúnedain bajaron por fin a tierra firme y cruzaron la pasarela y el resto permaneció en el barco. Un grupo de elfos pertrechados en armadura cerraron el paso hacia Manwë en perfecta formación de línea y las dos filas laterales de elfos se cerraron en un cuadrado del que no había salida. Los numenoreanos se detuvieron y no se movieron.

–¡Aiya, Manwë! –dijo Amandil en forma de saludo.

Los elfos permanecieron impasibles creando un incómodo silencio.

–¡Perdonad nuestra osadía! ¡Solo queremos vuestra ayuda! ¡Escuchadnos, os lo suplico!

Manwë se levantó con tranquilidad de su trono y bajó hacia donde se encontraban los Dúnedain. Varios soldados se apartaron y éste miró durante varios instantes a los extranjeros. Entonces todos los hombres bajaron la vista en señal de respeto.

–Amandil, ven conmigo. Los demás volved a vuestro barco –exigió Manwë.

Aronde giró la cabeza para buscar la mirada de Amandil pero éste se encontraba concentrado en el protocolo de respeto que intentaba cumplir a toda costa.

Manwë y varios de los Eldar acompañaron a Amandil cuesta arriba, entre edificios y plazas, en dirección a una de las colinas más altas por un camino que brillaba con una intensa luz. Antes de llegar a su destino, Manwë se detuvo y habló a Amandil.

–Sois Edain. No podéis estar aquí.

–Lo sabemos. No queríamos quebrantar la prohibición.

–Sin embargo, aquí estás. Vuestra vida se marchitará si continuáis aquí demasiado tiempo.

Amandil tuvo la sensación de que el rey de los elfos no era tan temible como le habían hecho creer. Parecía preocupado, pero a la vez sereno. Sin duda, sus ropajes de tela azul y sus joyas élficas en la cabeza le concedían cierto toque de divinidad, aunque no parecía que fuese a entrar en ira. Es más, parecía que no era capaz de entrar en ira jamás. Y eso asustaba al Dúnedain, que comprendía que los designios de Manwë bien podían ser venidos de una frialdad impasible.

–Lo sentimos, rey de los elfos. Pero no estaría aquí si no fuese por una buena razón.

Manwë levanto un dedo que hizo callar al Dúnedain y le replicó antes de dejar que siguiera.

–¿Una buena razón, Edain? ¿Qué son tus buenas razones para mí?

–Creíamos que los amigos de los Edain nos ayudarían en estos oscuros tiempos.

–Desconocemos el término amigo de boca y lengua de los Edain desde hace décadas, Amandil. Los tuyos nos han dado la espalda hace mucho.

–¡No todos aceptamos esa decisión!

–Ya es tarde.

–¿Por qué? ¿Por qué es tarde? ¿Dónde está la sabiduría y la compasión de los elfos? ¿Dónde están los siglos de comprensión y justicia?

El rostro de Manwë no sufrió cambio alguno, pues entendió su desesperación.

–Ven conmigo y sabrás por qué.

Manwë guió a su invitado a la cima de la colina. Un observatorio estaba emplazado al borde del precipicio. Varias de las salas inferiores del observatorio sobresalían de la roca, desafiando la gravedad y toda arquitectura que los numenoreanos habían comprendido durante los siglos. Entraron por la puerta de la bóveda más alta y un olor a quemado empezó a hacerse presente. Cuando Manwë y su séquito entraron en la bóveda circular, los elfos mostraron su acostumbrada señal de respeto. Amandil pudo ver el puerto donde habían atracado y toda la ciudad que le rodeaba, ahora vacía. No había nadie.

–Manwë, ¿dónde está tu pueblo?

–Abridla –dijo él dirigiéndose los suyos.

Unos suaves sonidos de engranajes y piedra moviéndose llenó la estancia. La bóveda, que antes estaba cerrada, comenzó a abrirse dejando ver el anochecer del mar con una enorme luna. Manwë no necesitó decir más; la expresión de Amandil fue de puro terror. Se acercó al borde de la bóveda abierta y quedó perplejo ante el millar de navíos que se acercaban desde el horizonte, portando máquinas de asedio con proyectiles incendiarios. El olor del humo llegaba hasta el observatorio. Amandil cayó de rodillas comprendiendo que era demasiado tarde y que el viaje había sido en vano. Cuando tuvo fuerzas para volver a levantarse, no había nadie en la sala. Todos habían desaparecido, al igual que en el puerto. Al intentar salir del observatorio, no pudo volver a abrir la puerta y quedó encerrado. Los primeros proyectiles de asedio comenzaron a llenar la ciudad y varios de ellos impactaban en diferentes niveles del observatorio. El edificio recibió varias descargas de fuego en su base y comenzó a tambalearse en el precipicio. Los escombros de la bóveda comenzaron a caer en el mar y las columnas se resquebrajaban en pedazos. Amandil supo que era su fin. Y antes de que su propio pueblo escribiera su final, exclamó:

–Isildur, salva la semilla de Númenor.

A muchas leguas de allí, Isildur se encontraba zarpando de las costas de Númenor para nunca volver. Agarró su corazón, que empezó a dolerle intensamente y las lágrimas surcaron su rostro.

–Abuelo...

4

Cataclismo

Lejos de la costa, Manwë entró al templo de los Valar con la misma frialdad que caracterizaba sus actos. En el centro de la sala, varios de ellos estaban cantando en el idioma quenya más primigenio. El rey se unió a ellos en los cánticos como uno más y guiaron sus designios hacia Ilúvatar, padre supremo.

Ar-Pharazôn, el rey caído, se encontraba junto a su flota. Gobernaba el navío Alcarondas desde el que dirigía el ataque a la costa. No quería mantenerse al margen del primer ataque contra los Eldar. Necesitaba verlo con sus propios ojos a pesar de las recomendaciones de sus súbditos de que su salud ya no era tan fuerte como cuando emprendió su incursión a la Tierra Media. Dejó a Sauron en Númenor para gobernar la isla mientras durara la guerra. Mandó construir una posición elevada y protegida en su navío desde el que podía observar el ataque de las armas de asedio. La ciudad y los bosques cercanos ardían intensamente, mientras fracciones enteras de los edificios en ruinas iban derrumbándose sin cesar en un estruendo que atravesaba las colinas. Ninguno de los elfos había lanzado ni una sola flecha y Ar-Pharazôn se enojó.

—¿Dónde están? ¡Maldita sea! ¿Por qué no ofrecen resistencia? ¡Venimos a reclamar lo que es nuestro!

Una enferma tos detuvo sus palabras y mandó a sus capitanes desembarcar las tropas de tierra en el puerto derruido.

—Quiero a la mitad de las tropas establecidas antes del amanecer. Estableced oteadores en las fronteras de la ciudad. Necesitamos saber los planes de los elfos. Con ellos, nada es previsible.

Cuando el rey caído había llegado hasta el continente, había podido vislumbrar Taniquetil, la montaña más alta. Al observar tal belleza natural, un segundo de duda atravesó su mente, más rápido que el rayo de una tormenta. Un resquicio de la grandeza del rey, de su sabiduría y de su justicia aún vivía en su interior, sepultado bajo océanos de la corrupción de Sauron. Una corrupción que finalmente ganó la batalla y enterró definitivamente la buena voluntad de Ar-Pharazôn. O eso parecía.

—¡Mi rey! —gritó poco después uno de sus capitanes— ¡Algo está pasando!

Las aguas de la costa comenzaron a formar olas aún más grandes. Los capitanes pensaron que era algo natural en un principio, pero las violentas sacudidas y la rapidez con la que todo estaba ocurriendo no dejaban ápice de duda. Era voluntad de los elfos.

El rey, cada vez más enojado, ordenó por segunda vez que se terminase de desembarcar cuanto antes. Los cánticos de Manwë y los elfos ascendieron en unas notas musicales aún más graves y un enorme remolino comenzó a rodear la gigantesca flota de Númenor. Los barcos apostados al borde comenzaron a desviarse hacia un lateral, la madera se agrietaba, las velas caían.

—¡Mi rey! ¿Qué hacemos?

La buena voluntad de Ar-Pharazôn comenzó a surgir del fondo de su ser, luchando con la fuerza de un ejército. Denegando la corrupción de Sauron, rechazando la maldad de sus actos. Ahora que se encontraba a muchas leguas de distancia, la lucha pudo ser ganada durante varios instantes. El hermoso rey que antaño fue justo, resurgió en aquel cuerpo viejo y demacrado. Como despertando de

una pesadilla que ya había durado demasiado tiempo, Ar-Pharazôn desveló su mente y volvió a ser joven. El cántico de los elfos se volvió más grave aún y las paredes del templo se tambalearon ante el poder que manifestaban. El remolino entonces comenzó a ganar fuerza. Los navíos del borde se hundieron completamente y los fuegos de la ciudad en llamas comenzaron a apagarse. Las calles se anegaban y el puerto dejó de existir. Alcarondas, el navío real y el más grande de la flota, comenzó a tambalearse salvajemente. Varios de sus tripulantes cayeron en el remolino y los barcos próximos se desmoronaron. Ar-Pharazôn, que volvía a ser quien fue gritó, maldijo, y finalmente lloró.

—¿Qué he hecho?

Alcarondas se volcó salvajemente hacia un lado y el agua del remolino comenzó a tragárselo. Toda la flota de Númenor, la flota más grande jamás conocida desde el inicio de los tiempos, se hundió bajo la música de los elfos.

Los Eldar que habían cantado adoptaron una postura tranquila y detuvieron su cántico. La voluntad del padre supremo, Ilúvatar, había sido invocada.

En Númenor, Sauron reía con fuerza, como nunca lo había hecho. Una risa poderosa que podía destruir edificios enteros y cegar el sol, pues ahora era el turno de Númenor. La voluntad de Ilúvatar se desató sobre la isla y siglos de prosperidad y conocimientos fueron borrados de la faz de la tierra en menos de un día. Las grandes ciudades de Armenelos y Rómenna se hundieron como la flota del rey y Númenor dejó de existir. Pero Sauron no murió con ellos. Su oscura voluntad sobrevivió como una negra sombra y llegó a Mordor, donde finalmente se instaló en la fortaleza de Barad-dûr.

El cataclismo alteró el equilibrio de la naturaleza, separó continentes, derrumbó montañas y movió estrellas. A partir de ese momento, las tierras de los elfos fueron llevadas más allá del alcance de los hombres y el mundo nunca volvió a ser lo que era.

5

El Árbol Blanco

Isildur despertó días después del cataclismo. Aún se encontraba en el barco que había zarpado de la desaparecida Númenor. Sentía un dolor intenso en las costillas, pero consiguió levantarse. Su padre Elendil y su hermano Anárion aún se encontraban inconscientes. Lo último que pudo recordar fue una gran ola abalanzándose sobre los barcos de los exiliados, pero no todos murieron. Observó el navío, ahora destrozado, y miró más allá de él: la costa de la Tierra Media. Se acercó a su familia y a sus compañeros y los despertó a todos. Permanecieron en silencio mientras se recuperaban del trance, pues no había nada que decir. Sabían qué había ocurrido y por qué. Y también se habían preparado para ello, aunque una vez acontecido, la sensación no fue más liviana.

Elendil habló finalmente con Isildur.

–Hijo –le dijo mientras se acercaba con dificultad–, ¿dónde estamos?

–Creo que estamos al sur de la Tierra Media, pero no estoy muy seguro.

Elendil exhaló una gran bocanada de aire.

–¿Y ahora qué? –dijo.

–Le daremos continuación al pueblo de Númenor.

–¿Con qué? No nos queda nada.

Isildur sonrió y trajo una pequeña caja consigo.

–¡Por los Valar, Isildur! ¿Es lo que creo que es?

–Lo es.

–¿Cómo no he sabido nada de esto?

–Amandil quería mantenerlo en secreto. No sé por qué me lo dio a mí, pero nunca he cuestionado las órdenes de mi abuelo. Es el hombre más sabio que jamás he conocido.

La caja contenía el retoño de Nimloth.

Al amanecer, desembarcaron en la costa. Los hombres se acercaron a Isildur, que ahora portaba el pequeño retoño y lo observaron con admiración. Era el tesoro más admirado de Númenor y había sobrevivido al cataclismo. Isildur habló a su padre, a su hermano y a todos sus hombres.

–Hombres de Númenor, mis hermanos. Hace tiempo que nos temíamos este momento y por fin ha llegado. Nuestra tierra ha desaparecido bajo el mar. Esta es una prueba de la debilidad humana. Lo teníamos todo. Teníamos una tierra rica en labranza, próspera en vida y hermosa como ninguna. Los Eldar nos dieron un don de la larga vida y aun así no supimos agradecerlo, al igual que el regalo de Númenor. Envidiamos a los elfos, los apartamos de nuestro camino y finalmente recurrimos a la fuerza, creyéndonos tan dignos como ellos de sus dones. Pero nos equivocamos, y nos equivocamos en el mismo momento que quisimos para nosotros algo que no nos era correspondido. En ese momento, nuestra carne fue débil. Y me niego a aceptar que solo Los Hombres del Rey tuvieron la culpa de nuestra desgracia. Algunos de los que me estáis escuchando, antes llamados Fieles, también sucumbisteis a la tentación, pero vuestra voluntad fue rígida y fuerte. Ahora entiendo las visiones que tuve. Cuando conseguí el fruto de Nimloth el Bello, unas figuras blancas y puras aparecieron sin previo aviso. Me gustaría pensar que eran los elfos de Valinor, al menos una facción

de ellos que me avisaron y ayudaron de un modo que yo no acabo de comprender del todo para que el árbol perdurase, hasta que Sauron se entrometió con la intención de hacerme desistir en mi empeño. Y no pudo. No odiéis a los elfos por lo que han hecho. Ya hay suficiente odio en el mundo como para tener que cargar con generaciones un ansía de venganza que no llevaría más que a la destrucción y a la muerte. No quiero fundar un reino donde reine el rencor. Por eso, a partir de este momento, quiero que sea la buena voluntad la que nos labre un futuro. Y ese futuro llegará con el retoño de Nimloth. Mientras un solo fruto de Nimloth sobreviva en alguna ciudad, puerto, colina, bosque, isla, continente o montaña del mundo, nuestro legado permanecerá intacto. Nuestra voluntad sobrevivirá. Puede que las leyendas mientan, puede que no logremos la grandeza de antaño ni se nos recuerde como deberíamos, pero en todos los reinos de los hombres vivirá y pervivirá la sangre de nuestro pueblo. Y en recuerdo de mi abuelo Amandil, asesinado injustamente, plantaré este retoño al que llamaré Árbol Blanco en la plaza más alta de la fortaleza más celebre que construiremos en un nuevo reino de la Tierra Media. Y llamaré a ese reino Gondor.

»Mientras el árbol viva, nosotros también. Pues esta es, con toda nuestra gloria, la semilla de Númenor.

Epílogo

Abrió los ojos y se sintió despejado. Llevaba puesta una túnica blanca y estaba tendido sobre un gran lecho donde caían los primeros rayos del amanecer. La habitación era grande y estaba llena de adornos y cuencos con fruta fresca. Se levantó de la cama y comenzó a pasear por la habitación. La arquitectura parecía élfica pero no era nada como había visto anteriormente. Al menos, sabía que no era nada construido por los Edain. Posó su mirada sobre las diferentes ventanas que rodeaban la habitación dejando ver bosques y edificaciones separadas unas de otras por gran cantidad de vida vegetal. Más lejos, se podía ver un gran río cuyas aguas parecían plata líquida. Una agradable brisa de aire fresco abrió todo su ser y respiró profundamente. Comenzaba a preguntarse dónde estaba cuando la puerta blanca se abrió lentamente de par en par. Un magnánimo elfo entro acompañado por un pequeño séquito que no avanzó más allá de la puerta. Era Manwë. Paseó tranquilamente por la habitación sin mediar palabra con el invitado, hasta que lo miró de arriba abajo. La primera sonrisa del rey elfo apareció en su rostro al detenerse delante de él. Era una sonrisa como la que un adulto ofrece a un joven, alabando su inexperiencia e identificándose con su propio pasado. Extendió ambos brazos y le dijo:

–Bienvenido a Valinor, Amandil.